

SOLEDAD BIANCHI

*LA MEMORIA: MODELO PARA ARMAR. GRUPOS LITERARIOS  
DE LA DÉCADA DEL SESENTA EN CHILE. ENTREVISTAS.*

Santiago de Chile. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.  
Centros de investigaciones Diego Barros Arana, 1995.

El título de ese importante aporte para el conocimiento de una generación de poetas chilenos, la del 60, *La memoria: modelo para armar*, de Soledad Bianchi, remite, indudablemente, a Cortázar y, más bien, al espíritu cortazariano de ceder, finalmente, al lector el reordenamiento de los datos, a través de “memorias múltiples”, que se entretajan desde distintos ángulos y locaciones del propio recuerdo. Ningún recuerdo coincide con el objeto que evoca en forma precisa, y he ahí la gracia: un período, “ya próximo, ya lejano”, quebrando, como dice la propia Soledad Bianchi en la introducción, la voz única y privada y multiplicando a través de este quiebre opiniones e historias en un mareo de subjetividad, aproximaciones y alusiones, sugerencias, menciones, críticas y acuerdos.

La fragmentariedad, la alusión a 62, *modelo para armar*, su refracción en el capítulo 62 de *Rayuela*, libro de culto en la época, la multiplicación de voces que hablan tanto de poesía como de talleres, del movimiento *hippie*, del budismo zen, el Tao, el Ché y la revolución democrática, constituyen, tanto temática como estructuralmente, lo que podríamos llamar un “espíritu de época” que reactiva la máquina textual del libro a través, fundamentalmente, de las voces directas de los protagonistas de la historia. Ellos, que se agruparon en revistas, grupos, “tribus”, universidades, talleres, más algunos pocos “lobos esteparios”, van, en el sentido más socrático del término dialéctica, reconstituyendo una época cultural de una vitalidad que sorprende al lector no asimilado a los movimientos de entonces y de un “entusiasmo” creativo como pocas veces se ha vuelto a sentir después del golpe del estado de 1973.

El libro, *La memoria: modelo para armar*, se articula en capítulos que son coincidentes con la práctica de la época de juntarse en torno a grupos literarios y, en algunos casos, a revistas, producto de la actividad tanto creativa y crítica como de difusión de esos mismos grupos. Tenemos, de esta manera, la presencia de Trilce, Arúspice, Tebaida, el Grupo América, la llamada Escuela de Santiago, el Grupo Espiga y la Tribu No, así como un apartado sobre la influencia, no menos importante en la formación teórica de los poetas de los 60, del Taller Literario de la Universidad Católica, en el que Enrique Lihn, Luis Domínguez y Ronald Kay fueron figuras fundamentales. A estos capítulos se agregan dos

anexos, uno sobre “Agrupaciones literarias de la década del sesenta en Chile” y el otro sobre “Algunas revistas literarias chilenas de la década del sesenta”.

Los grupos, diríamos “hegemónicos” de la época, fueron, sin duda, Trilce, Arúspice y Tebaida, que publicaron sendas revistas, las que se lograron mantener por más de un número y que, además, incluían material de otros poetas, chilenos y latinoamericanos, con los cuales los miembros de esos grupos sentían empatías estéticas e ideológicas. No deja de llamar la atención en el Chile actual, de dudosa modernidad neoliberal y jaguar, el hecho de que estos grupos estuvieran desplazados del centro voraz de Santiago, centro no sólo de la actividad política y económica, sino también cultural desde mucho antes que la dictadura proclamase su regionalismo más de papel y decretos que real. Trilce, en Valdivia, Arúspice, en Concepción, y Tebaida, en Antofagasta, habían hecho ya efectiva para ese entonces una tarea de regionalización poética. La creación y las actividades iniciales del grupo Trilce, liderado por el poeta Omar Lara, son sin duda fundacionales y fundamentales para los “grupos de grupos”, al decir de Floridor Pérez, de los poetas del 60. En palabras de Walter Hoefler, uno de los integrantes de Trilce, “Nuestra emergencia institucional en la poesía chilena se concreta con el Encuentro de 1965, en el que se valora la generación poética del 50, y en el que los integrantes de Trilce se presentan aún muy discretamente. Este comenzar como un homenaje declara su rango no polémico, pero en la preferencia algunos de los invitados se delata también su decisión y su inscripción poética y política, común con los Arúspice de Concepción”.

Estas palabras de Hoefler son claves para consignar la disposición estética e ideológica de la mayoría de los poetas de los sesenta: la relación de continuidad, de diálogo no polémico y de rescate de la “tradición”, no sólo de la inmediata sino también la de los fundadores de la poesía chilena moderna. Por otra parte, nos sirven para verificar la concordancia y el sentido de “vasos comunicantes” que había entre los grupos de grupos, sobre todo entre los integrantes de Arúspice y Trilce. Nombres que se deben recordar son los de Gonzalo Millán, Jaime Quezada, Floridor Pérez, Javier Campos, Silverio Muñoz y Jorge Narváez, en el primero, y Omar Lara, Enrique Valdés, Carlos Cortínez, Federico Schopf y Walter Hoefler, en el segundo, al cual también se integró, entregando un valioso aporte, vital e intelectual, según dice Lara, Luis Oyarzún. Otro aspecto significativo fue el apoyo que tuvieron estos grupos por parte de las Universidades que los cobijaron: la de Concepción y la Austral de Valdivia respectivamente.

Entre los grupos algo más marginales, en 1967 surge la Escuela de Santiago, integrada por Naín Nómez, Jorge Etcheverry, Julio Piñones, Carlos Zarabia y Erick Martínez. Editan en 1968, en la revista *Orfeo*, su antología *33 nombres claves de la actual poesía chilena*. En ella publican su manifiesto, en el que se proclaman con directrices textuales polémicas a los poetas de Trilce y Arúspice. Su “vía poética” tenía como fuentes a Pablo de Rokha, Rosamel del Valle, Eduardo Anguita, Humberto Díaz Casanueva y el surrealismo.

mo chileno de “la Mandrágora”. Su poesía formalmente estaba inscrita en textos que rompían los límites demarcatorios entre poesía y prosa, utilizando el versículo, en poemas extensos, fragmentarios, dónde abundaba la imagen poética y una visión urbana y experimental de la escritura.

Otro grupo significativo, del que escuchamos sus voces en estos fragmentos de la memoria para armar, tal vez el más excéntrico y experimental de todos, fue la Tribu No de Valparaíso, cuyos integrantes más activos fueron Cecilia Vicuña y Claudio Bertoni. Sus referentes eran (y son en el caso de Bertoni) la generación *beat* norteamericana y la incursión en el *happening*, sobre todo en el caso de Cecilia Vicuña. Estuvieron vinculados esporádicamente con Gonzalo Millán. Vicuña y Bertoni colaboraron también cercanamente con Marcelo Charlín y Francisco Rivera y, ocasionalmente, con Miguel Vicuña Navarro. A través de la revista mexicana-norteamericana *El Corno Emplumado* este grupo se contactó con la poesía Nadaísta, movimiento poético juvenil y subversivo colombiano, que lideraba Gonzalo Arango, y además, con la joven poesía norteamericana y canadiense, y con el naciente movimiento *hippie*. En los primeros años de la década del 70, Cecilia Vicuña realizó una serie de acciones artístico-poéticas: una de ellas, la más memorable, utilizando hojas secas recogidas del Parque Forestal, y que efectuó junto con una exposición de pinturas ingenuo-textuales en el Museo de Bellas Artes. Es preciso señalar también que su libro *Sabor a mí* (1973) constituye, entre nosotros, junto con los libros objetos publicados por Guillermo Deisler y Gregorio Berchenko, uno de los primeros intentos de este género que más tarde hallará su expresión más acabada en *La nueva novela* de Juan Luis Martínez. “El nombre”, afirma Marcelo Charlín, “Tribu No, es contestatario, lógico. Además, ese NO era muy propio de la época y de la edad, había toda una cuestión relacionada con el contexto no sólo global, sino también familiar, y el medio sociocultural del que -como dije- proveníamos todos los personajes involucrados, unos más que otros, éramos de clase media acomodada y, entonces, todos los temas que nos preocupaban eran muy ajenos a la realidad que se vivía en ese momento en Chile. La literatura norteamericana y la problemática política de las Panteras Negras, nos atañían más que lo que estaba sucediendo aquí, y no creo que ese interés haya sido producto de los viajes, más bien los viajes fueron producto de ese interés”.

Otros poetas y lugares, Hernán Miranda, José Angel Cuevas, Bernardo Araya, Iván Carrasco, Juan Cameron, Gustavo Mujica, Raúl Zurita, un joven y rebelde Juan Luis Martínez, desfilan por la memoria que, finalmente, el lector debe ir armando y rearmando, entre coincidencias y contradicciones, evocaciones y deseos, utopías no realizadas y proyecciones aún posibles en estos finiseculares noventa, tan distintos, tan distantes, pero, tal vez, consecuencia inevitable de los 60 reconstruidos, a la manera de 62 de Cortázar, en la *Memoria* de Soledad Bianchi y en la(s) Memorias de los poetas aquí convocados.